

SAINT SEIYA

Diego de Ávila & .txt

Octubre de 2017

<http://punto.txt3.wordpress.com>

1.

Solo un juramento más: un poco como cortina de humo, y otro poco por predestinación; juro que tengo este matiz porque acabo de leer algunos números de aquella vieja revista de súper héroes que solía publicar con mis amigos. Con la excepción de que ahora es difícil identificarlos. Aquello sucedió hace demasiado tiempo, como si fuese un momento venidero, pero extremadamente lejano, que no se alcanzará. O como si no hubiese forma de que sucediera. Me encuentro poco locuaz en mis intervenciones de aquella época, o más directamente estúpido, ni siquiera inmaduro, o primerizo, sencillamente imbécil.

2.

Por pertenecer a ese grupo frecuenté, en todos aquellos primeros años, la Facultad de Humanidades, de cuyo funcionamiento no tenía ninguna idea. Pero me acoplaba bien a cualquier rebeldía contra ella, solo por hacer amigos de esa calaña, o escribir en esos términos, donde todo era fácil. Contemplaba de cerca a la literatura uruguaya de la decente rebeldía, de una elegancia quejumbrosa, como el mayordomo encorvado de la desgracia. El orgullo, el campo de batalla, del servicio a lo fácil: tener un enemigo. Los enemigos sin duda existían, pero esos de los cuales escribíamos nosotros (y con nosotros quiero decir "yo" y algunos escritores buenos que yo imitaba mal) eran dibujos animados de los años cincuenta: teníamos una novela sobre quién tomaba el asiento junto al conductor, y a quién dejaban en el asiento de atrás, en un viaje largo por la ruta. O sino sobre quién lograba que lo miraran de inmediato cuando hacía un comentario intrascendente, como si hubiese hecho uno bueno. Estas cosas nos enloquecían (a estas pocas personas que escribían muy bien y a mí), y había que escribir graves poemas sobre la neurastenia de un empleado de papelería, o sobre uno mismo (era como escribir sobre Superman, pero era patético), mientras que hermanos y padres, y hasta tíos y primos, estaban haciendo algo con un sentido cabal, un guiso de lentejas, para un placer fundamental, comérselo. Mi algarabía eran una transpiración pegajosa. Yo seguía adelante, imbatible, tomando la incomodidad por dolor, y como resultaba soportable me parecía, bueno, que yo era valiente.

3.

Recuerdo que una tarde pude ejecutar una desgracia especial, y me embriagué durante todo

el día de la emoción caballeresca, algo excepcional si se piensa en la más frecuente de todas, la victoriosa, la que no conlleva heridas: solamente la puede tocarla la luz del sol, aunque también las ondas del aire con el despliegue que producen las vociferaciones (aunque escribas como un imbécil, olvidate de eso un poco), pero de ninguna manera es, como ésta, un poco babeante y penosa, no por su condición desvalida, sino por el esfuerzo ridículo de que verse mal signifique verse bien, por la pedantería injustificada de la nobleza.

4.

Aquella desgracia especial, yendo al caso, consistió en caminar 20 kilómetros cargando con una pila de cuatro cajas (tenían cubiertos, frazadas, todo tipo de incómodos volúmenes domésticos) a través de una multitud desinteresada por una de las calles más largas de Montevideo. Como ustedes adivinan, su desembocadura rompía en el fondo de Camino Maldonado y se afloja en un viboreo intranquilo durante cinco kilómetros más, en donde, doblando por una calle de polvo, más que de tierra, entrando en porosos baldíos naturales, funcionaba una fábrica, de gente más desgraciada que guerrera, cosa que, dicho sea de paso, me venía muy bien.

5.

El desgraciado había hecho lo siguiente: poner un montón de cosas en unas cajas, ponerse las cajas al hombro, y caminar y caminar. Cuando el cansancio me contraía los abdominales, yo pensaba en ese dolor como un síntoma heroico. ¿No conocen la escena de un héroe derrotado que levanta la cabeza? Mis abdominales levantaban un dolor especial tan alto que me llegaba hasta la cabeza, y ahí latía, como un segundo corazón.

6.

Yo pensé en el Gólgota, y en los caminos largos en general, como el que recorre el Dante para llegar hasta el Cielo, o el de cualquier adolescente virgen que solamente observa y analiza, y tiene orgullo y buen cuerpo.

7.

También pensé en Los Caballeros del Zodiaco, porque, ¿no conocen la escena de un héroe

derrotado que levanta la cabeza? Seiya, luego de una dura pelea a través de las doce casas, queda ciego, sordo, insensible, mudo e idiota, frente al luchador excepcional del Templo. Y ponía de pie un cuerpo que no tenía oídos ni voz ni sensibilidad, y que no podía ver bien lo que hacía, justamente como yo, que estaba cansado de pensar en cómo ser bueno de maneras incorrectas (cuando ganar un título de lucha libre, por ejemplo, hubiese sido tan prosaico y generoso), cuando de pronto, animado por una sobriedad intempestiva, el caballero levantaba las cajas en alto y acariciaba las gotas de sudor en su cabeza. Así es como silbaba una cabeza de pelo largo, que es pobre y romántica: con su peinado. El de Seiya refulgía en la oscuridad. En sus ojos se prendía una bombilla de 120 watts y bajo sus hombreras se producía un cortocircuito, en el cual la armadura blanca se ponía, no amarilla, sino todavía más blanca, y lo que menos nos esperábamos sucedía: que Seiya no recuperaba ni la vista ni el olfato ni el tacto, que tan solo se movía aquejado por la predestinación, completamente muerto de tanto saber qué hacer. Y lo hacía. Y nosotros decíamos: seguramente está pasando algo bueno.

8.

Una de las veces que realicé ese trayecto (y creo que hablo justamente de la vez que llevé todas aquellas cajas a pie, por ese sendero interminable) llegué a mi destino. Se trataba de una fábrica de arroz, cilíndrica, encomendada al hollín, y justamente: negra, abultada, ruidosa (pero con una clase de ruido laborioso), de donde salían diariamente camiones en dirección a las ciudades del interior, distribuyendo el producto. Un vez ahí aguardé largo rato, y para hacer tiempo escribí sobre cómo una mujer que no existía me arañaba la espalda y yo le proporcionaba amor únicamente a cambio de que me permitiera seguir confundido, sin saber quién era. Una vez que terminé, vi cómo los últimos rayos de sol se ensanchaban sobre la flores de una cuneta, como si fuese una máquina de los 90 (estábamos en 1988). Salió un camión por entre medio de dos barreras separadas, y adiviné que se volvían a juntar detrás de la cajuela inmensa, repletas de bolsas de arroz. Le hice una seña mínima; ya me había llevado en anteriores ocasiones. Paró junto a mí, y se bajó del camión exclusivamente para decirme esto: muchas veces hemos viajado juntos pero lo único que sucede durante el viaje es que yo hablo y hablo y ni siquiera logro que me digas si lo que digo esta bien o mal. O que me digas cosas de cualquier otro calibre. Sos como una goma de mascar que venden en la carretera. Una vez te conté

que había matado a una persona a piñas porque se me había metido en la cabeza que no debía dejarlo caer al piso, y lo mantuve arriba, incluso cuando se desmayó. Y vos me preguntaste si luego de eso había ido a la cárcel. No me pareció una mala pregunta pero me sorprendió que fuera solamente esa, ¿y te acordás cómo el resto del camino te mantuviste en silencio, mirando por la ventanilla un paisaje imposible de contemplar, que era como estar ciego o sordo, porque estaba comido por la noche avanzada, pero te gustó más de lo que te gustaba yo, mientras yo hablaba de cosas menos interesantes a cada minuto, pensando que era como un neumático en una hamaca?

9.

Y no necesité mucha más charla para entender que en adelante ya no pensaba llevarme con él.

10.

No conocía a los conductores que venían detrás de ese, así que no lo intenté, invadido por el valor de la renuncia, que en ese momento colmaba las veredas de literatura. Creo que me hubiese gustado, por lo menos a la parte más enérgica de mí, contar con la obligación de hacer todo el camino de regreso por Camino Maldonado, pero esta vez a la noche, devorado por una oscuridad novedosa, de las siete de la tarde en pleno invierno. Pero no hice eso: se debilitó la armonía de la desgracia, y se convirtió en una cosa sin relato posible: el frío imaginario, la deriva extensa de un mar maniático, el aspecto bastante probable de la realidad de repente se congelaba con el frío, del que ya había leído alguna cosa, y del que hasta había inventado un desarrollo, pero que rara vez, aunque hubiesen razones, sentía en toda su magnitud. Se supone que eso era ideal.